

Amadísimos fieles

"No conozco el secreto de perpetuar mi nombre, ni el amor a mi persona en el corazón de los hombres...." <sup>exclamaba</sup> amargamente aquel gran Napoleón en su destierro de Sta. Elena, pues a pesar de haber recorrido victorioso los campos de Europa y a pesar de haber ejercido su poder sobre millones de hombres, ahora gustaba el pan amargo del destierro y de la soledad y experimentaba lo efímero y superficial que había sido su reinado. Ganó batallas, pero no conquistó los corazones. Si debajo de cielo hay algo independiente, algo que se escapa siempre a la acción y voluntad humana por poderosa que sea, es el corazón. Es el corazón el reducto inaccesible <sup>cuya</sup> independencia siempre guarda el hombre, la fortaleza inexpugnable en la que se asienta <sup>una</sup> el orgullo y la dignidad humana aun cuando todo lo demás se haya perdido. No hay Caudillo humano, no hay potestad humana <sup>que</sup> conquistar, dominar mi corazón, ni con la astucia ni con la violencia. <sup>Me</sup> podrán privarme de la libertad, podrán destrozar mi cuerpo, podrán cortar el hilo de mi vida, pero yo tanto en la prisión como en el martirio y en la muerte <sup>seguiré</sup> cerrando las puertas de mi corazón <sup>seguiré</sup> luchando triunfalmente y caeré victorioso en esa mi lucha porque soy capaz de morir odiando o cuando menos negando mi amor a ese tal que quisiera cautivarme. La rebeldía humana siempre es invencible. Todos los hombres encumbrados, todos los hombres poderosos <sup>se</sup> tienen que achicarse y humillar ante este hecho, todos ellos tienen que hacer suya la queja de Napoleón... ninguno es capaz de conquistar, cautivar, dominar el corazón, de manera que puedan decir que reinan en los corazones, se hacen amar.

La vez pasada os decía que Jesucristo reina a en las inteligencias, sometió a las dolas a su palabra y que realmente tal era la autoridad de la misma que basta al hombre saber que El lo ha dicho para que acepte todo ello a pesar de su incomprendibilidad y dureza. Y terminábamos diciendo que los impíos, los que se resistían a reconocerle están condenados a la turbación y a moverse en un círculo de dudas y contradicciones, sin encontrar descanso ni claridad. No aceptan la soberanía de Jesucristo, pero sufren su dominio y ni siquiera pueden mostrarse diferentes y tienen que hablar contra El, pero ellos pasan y con ellos su palabra mientras permanece la de Cristo.

Reina también como Dios en los corazones. Reinan en los corazones es hacerse amar. Y porque es Obra de Dios conquistar, dominar, cautivar, no un corazón en particular, que esto lo puede también el hombre, sino todos los corazones, no momentáneamente sino para siempre, no superficialmente sino profundamente, no halagando sus debilidades, sino negandoles lo que les embelesaría, Cristo que es amado en todas las épocas y latitudes. Cristo que es amado con un amor inmenso profundo, inmortal, <sup>que se ha hecho</sup> tiene que ser Dios. Esta es nuestra proposición de hoy. Y su fuerza radica en que es un amor que Cristo se merece no halagando nuestras debilidades ni valiéndose de recursos extraordinarios.

Jesucristo conquista no un corazón en particular sino todos los corazones. Son veinte siglos de generaciones cristianas el mejor testimonio de este reinado universal en espacio y en tiempo, son los miles y miles de mártires que los unos abandonando a sus padres, los otros a sus esposos y a sus esposas, a su casa y su bienestar y todos ellos sacrificando lo más caro y lo más apreciado que es la vida dan un <sup>testimonio</sup> infalsificable de su amor a Cristo. Son también un testimonio vivo de este reinado esas legiones de cenobitas que <sup>dejan</sup> pueblan los desiertos de Palestina y Egipto durante la Alta Edad Media. También lo son esas comunidades de Religiosos y Religiosas que se van formando desde la Edad Media con ritmo creciente que por parecerse más a su Maestro abandonan todo y se refugian en los claustros para salvaguardar mejor su virtud y entregar íntegro su corazón. En una palabra todo el pueblo cristiano es la prueba más patente de este reinado de Cristo que no es más que el amor a su persona, pues como dice el Cardenal Newman, la intimidad con el Cristo, ha sido en todo el tiempo, la nota característica y como definición del Cristiano.

Pero Jesucristo conquista los corazones no momentáneamente, sino para siempre. El hombre puede cautivarlo por algún tiempo, mas al desaparecer también

desvanece el amor que había sabido inspirar. Podrá durar el amor en los corazones de los que le conocieron, jamás nacerá en los que no le trataron. Tal vez su nombre no será olvidado ni aun después de muchas generaciones, pero no será amado. Hay quien ame hoy a los héroes de los pasados siglos? Late, por ventura algún corazón al nombre de Alejandro Magno o de César? El amor que se ha despertado durante la vida es ligero, superficial, pasajero, limitado.

Esto no obstante, hay en el mundo y en todo el mundo un amor inmenso, todopoderoso, inmortal, el amor de los hombres para con Jesucristo. Veinte siglos han pasado y en lugar de debilitarlo el tiempo no ha conseguido aumentarlo y consolidarlo, pues nada ha perdido de su energía y de su fuerza el amor que excitara y la prueba es que los que le conocieron murieron por su amor y mueren también por su amor los que hoy no le han conocido. Y hoy hay mártires como los hubo en aquellos tiempos remotos. Cuando se pide por amor a Jesucristo, el hijo deja al padre, abandona a su madre, a su tierra, se va para vivir pobre, abandonado marcha voluntariamente a la muerte. Por un prodigio que sobrepuja a otro cualquier prodigio - os diré con un sabio - quiere Jesucristo el amor de los hombres, es decir, lo más difícil de conseguir en el mundo, lo que no vano pide el sabio a algunos amigos, un padre a sus hijos, una esposa a su esposo, en una palabra el corazón. Lo exige en absoluto y lo consigue de luego ~~en~~ luego...

Al llevar a este punto yo leo en vuestras mentes una pregunta que es una contraréplica a esto que venimos diciendo. Y antes de pasar adelante, permitidme que os haga una breve reflexión sobre esa interrogación que surge en vuestras mentes. Jesucristo es amado, pero también es odiado, y odiado aun en nuestros días. "¿Qué es esto, preguntábase también como vosotros en este momento, Mons. Bougaud, quien ha engendrado ese odio contra Jesucristo? Mahoma no fue odiado, ni tampoco Numa, ni fundador alguno de religión fue odiado. Monstruos como Nerón, Tiberio, Domiciano, no conocieron el odio sino un solo instante, odio que queda extinguido sobre su tumba; solamente Jesucristo ha tenido el honor de un odio inextinguible. Y ello a qué obedece? Vedlo: ello proviene de que no odiamos sino lo que nos traba, lo que nos suscita obstáculos, lo que nos aplasta". Los malhechores que acabamos de nombrar no tienen que ver nada con los hombres. El odio para con ellos sería demasiada dignación verdaderamente: se les paga, y ello basta, con el desprecio. "Solo para con Jesucristo el odio cara a cara no ha cesado nunca, así como ~~tampoco~~ nunca tampoco el desprecio contra él ha existido. ¿Qué es lo que ello significa sino que Jesucristo no desarma jamás, ni disminuye jamás, que subyuga las pasiones y que es siempre rey y siempre vencedor?"

"Cuanto hay de grande sobre la tierra - dice Pascal - se une contra Él, los sabios, los reyes. Escriben los unos, los otros condenan, los de más allá le matan. Y no obstante todas estas opresiones, este hombre llano y sin fuerza resiste a todos los poderes y somete a su imperio hasta a esos mismos reyes, a esos sabios y a esa gente entendida..." Porque aquellos mismos que le quieren arrancar la aureola de su divinidad no resisten a la virtud de su atracción. Después de tantas vueltas y revueltas siempre se van atraídos en presencia de Jesús objeto de contradicciones y los que no se deciden a la adoración se resignan al insulto, le ultrajan pero muchas veces la veneración les subyuga.

Antes de dar fin a esta breve plática hemos de considerar otro ~~maravilloso~~ aspecto de esta maravilla, que maravilla es que un hombre haya podido, por solo su amor, atraerse todos los hombres, ganarlos para su persona y su causa, no obstante la discreción de sus medios y de sus cualidades.

No realiza esta atracción por el prestigio de su ciencia. Habla con autoridad pero sencillamente, llamamente, su lengua es la del pueblo, no echa mano de períodos oratorios y deslumbrantes. Llega al corazón pero no por la elocuencia afectada y rebuscada.

Hasta su virtud, la oculta, su virtud trascendental no habla a los sentidos, carece de ostentación. Ninguna excentricidad ascética que pudiera llamar la atención, ninguna costumbre original, ningún gesto acompasado: su proceder en la vida común es la de todo el mundo, de tal manera que para las malas lenguas, Jesús es un bebedor de vino, un amigo de los publicanos y de los pecadores (Luc. 7, 34)

Por otra parte deja a un lado el reclamo de la propaganda. Los fariseos exigen a grandes gritos alguna señal del cielo, lluvia súbita, truenos, voces celestes que proclamen la aprobación de Dios. Mas Cristo mantiene su potestad

por encima del clamoreo de las gentes. Llega hasta a rehusar habitualmente el título de Mesías, y no le fué grato sino en los últimos tiempos de su ministerio. leed el Evangelio y vereis que no hay fáciles procedimientos de la demagogía, la doctrina que el Maestro predica, la del reino interior y espiritual, disipa la antigua y dulce quimera de los judíos nacionalistas. Las promesas que consigo lleva nada tienen que ver con la dominación y las vanidades y las riquezas. Cuando de la salvación se trata es preciso que el discípulo sea capaz de sacrificarlo todo, su padre, su madre, su esposa, su casa, hasta la propia vida.

Con estos escasos recursos, con esta táctica humanamente inhabil, Jesús ha podido imponerse a lo mejor de entre los hombres, a las veinte generaciones que desde su aparición nos han precedido, a la civilización toda.